

Vecinas

4 de agosto 2022. Estoy durmiendo poco. Digo nomás. No me quejo. Con lo que duermo me basta, descanso bien. Soy afortunada. No voy a prender la radio. No, por no tildar otro ítem que me acerque al estereotipo de la sexagenaria: Insomnio, olvido de palabras corrientes, noticiero matinal, renegar en voz alta con la radio y siguen firmas.

En minutos me sorprende la inquietud de estar perdiéndome algo. Algo importante, algo que no pueda dejar de saber. Cuánto hace que sabés que escuchar noticias no te garantiza estar informada, me digo. La cabeza se me va a la canción de Serrat. Si esa. Pueden estar violando a una piba acá a la vuelta, y vos ni enterada. Del Nano irremediablemente a Sabina: ha muerto una mujer que conocí.

En unos minutos, ante la invasión de soliloquios y recuerdos, al fin encenderé la radio. Sabré entonces de la muerte de Rosa Camarotti. Rosa Aloy de Camarotti. Más tarde voy a leer en la pantalla la dirección de la casa en la que pasó más de 50 años de su vida. No digo acá a la vuelta, pero lo suficientemente cerca como para llegar caminando. No la conocí. Y no hay modo de no haberla cruzado más de una vez esperando el Roca o en la plaza. En las plazas. En LA plaza.

18 mayo del 78. En casa y en el barrio se decía más o menos lo de la tele. Se sabía seguramente más, pero no se decía. Teniendo en cuenta la fecha debió ser un día de mucho frío, más en aquella casa que en la mía. Yo yendo al colegio.

Todavía con el sabor de mi fiesta de quince y expectante porque se venía otra fiesta. La gran fiesta del campeonato mundial que nos iba a hacer protagonistas a todos los argentinos hermanados por el celeste y blanco de patria y camiseta. La tele a color más toda la fantochada que muchos creímos. Al fin, se nos decía, entrábamos al mundo. Argentina anfitriona de extranjeros a los que había que demostrarles nuestras bondades y don de gente. John Travolta en los cines, en los combinados de nuestras casas que empezaban a llenarse de inútiles y fascinantes aparatos chinos. A unas cuarenta cuerdas más o menos se llevaban a Osvaldo Daniel.

Después supe, no de Osvaldo específicamente, tampoco de vos Rosa. Pero supe, fui sabiendo. Gracias a la fortuna de caer en la Universidad Pública y gratuita (mejor dicho pagada con el esfuerzo de mis compatriotas con los que sigo en deuda) pude comenzar a ver un cachito más allá (más acá) de las pantallas. De a poco me fui asomando al abismo entre noticias y verdades. No fue suerte, claro que no y muchos menos merito propio. Fueron las simples coordenadas de tiempo y espacio. Un país y un tiempo de democracia resurgente con una Universidad sin barreras ni milicos.

A mi modo tardío, periférico, inconstante, me acerqué a vos Rosa sin saber quien eras. Verte pasar porque claro que te vi pasar cada 24 de marzo, últimamente en ese micro o camioncito que las llevaba hasta el escenario. Seguramente te miré a los ojos sin saber tu nombre y toque a modo de caricia el vidrio de la ventanilla. Y cada año. Cada vez mas viejitas, tanto como cada vez más fuertes. Para mí era ahí van Hebe y todas las demás. Y ese repetido y único golpe que siempre y solo

me da cuando las veo. Como un hueco. Como una piña en el pecho. Como angustia y alegría mezcladas pero no exactamente eso. Y admiración y esta palabra queda chica. Y faltan palabras. Alguna palabra que diga de una especie de gragea amarga que te dan en ese momento y te la puedes tomar cuando te sentís desfallecer.

Vos sí que no te quedaste con lo que te decía la radio, la tele y mucho menos con lo que te dijo la cana ese día. Lo llevamos por un asunto de drogas, esperen quince minutos. No esperaste. Después del mundial los vamos a largar. No esperaste. Sin espera arrancó ese nuevo tiempo en tu vida. A puro amor rompiste la pantalla. Atravesaste el muro. Saliste a la calle. Doblaste el destino, el destino asignado Rosa.

Nunca supiste ni un solo dato de Osvaldo, tu hijo. Tu amado hijo que tampoco creyó en mentiras ni pantallas. Que no esperó. Igual que vos Rosa. Igual que vos entendió de primera mano que la verdad está en la calle y con otros, siempre con otros. No saber de Osvaldo no te detuvo porque para entonces, hacía tiempo que sabías que él no era el único desaparecido. Con las madres la lucha por él mutó irrefrenablemente a lucha por todos.

Ahora te veo en primer plano, en una entrevista contando y cantando a modo de mantra... *Ahora, ahora resulta indispensable aparición con vida y castigo a los culpables...* una y otra vez, una y otra vez, decís. Y tus ojos se entrecierran como yéndose a cada una de todas esas veces.

Tardíamente yo te busco a vos. Rastreo tu vida en internet, bordadora de pañuelos blancos. Caminadora de comisarías y dependencias. Buscadora de Osvaldo. Reclamadora de justicia. Ahuyentadora de Venganza.

Nacida, según tus palabras en el video que tenés con Hebe, en el barrio de Boedo. Y el destino (la casualidad te corrige Hebe, que nada cree en el destino) te llevó de los doce a los dieciséis a vivir en una casa cuyos fondos daban a lo que hoy es la casa de las madres.

Las pocas cosas que referís de tu biografía me arman un esquema que arriesgo a completar. Entonces echo mano a mi propia vida o más bien a la de mi madre. Ella, como vos, tampoco hizo el secundario. Raro para una “mujercita” en aquellos tiempos que la mandaran a seguir estudiando. No hacía falta para el destino, el destino asignado Rosa, que poco tiene de destino y menos de casualidad. Pero si, igual que vos, mamá fue al corte a prepararse para una vida doméstica de hijos, cocina y obediencia.

Y después el sur, el conurbano Rosa, en el que fuimos casi vecinas. Vecinas, según las coordenadas de tiempo y lugar. Y tan lejanas.

Me puedo morir tranquila porque aquí hay una juventud que nos van a seguir, que van a seguir nuestra lucha decís en ese video. Se toman las manos y se emocionan. Ella te agradece la entrevista y vos, agradecida también, la llamas puntal de lucha.

Quiero saber más de vos. Me corrijo: quisiera haber sabido más de vos. Antes Rosa. No te digo amigas, no pretendo tanto. Una vecina, alguien que pasara de

vez en cuando a preguntarte Rosa ¿necesitás algo? Voy a la capital ¿te acerco? Hacerte reír, si fuera posible.

Creo que sé como hubiera podido sacarte una sonrisa: ¿Rosa... era pintón, decime, ese cantor de tangos? ¿Cómo se llamaba? Roberto del Solar. Me juego que por lo menos lograría hacerte sonrojar. Ir a verte a la otra plaza a la de Lomas en la que militaban entre artesanos, artistas y mercachifles.

Ante todas estas imposibilidades necesito dejar aquí cuatro cosas sobre vos, que tampoco fuiste contada. No por lo menos con la plenitud necesaria. Acaso porque lo que más contó fue tu lucha. Será que con los relatos pasa como con los triunfos: los únicos válidos son los colectivos. Buscar a Osvaldo no puede separarse de buscar a los demás, así como contar tu vida no podrá separarse de contar las vida de las demás.

Hoy 4 de agosto 2022 según lo que leo, cambiaste de casa. En otra casa y más vecina que nunca. Cambiaste de casa para seguir en la casa. En la casa de las madres. Y en la plaza que siempre salva, que siempre salva.

No encuentro otro modo de contarte. Se me hace que es el único. A través de mi, ignorante y tibia. De mi madre, obediente y sumisa. De las madres incansables y poderosas. De cada una de las que apenas te vimos pasar sin identificar exactamente quien eras. Junto a Hebe y las demás.

Rosa Inseparable de la lucha. De la historia. Rosa de las madres. Rosa de las buscadoras de verdad. Rosa relato colectivo. Rosa presente.

